

EL de Carlos Reyles es un caso curioso en la literatura uruguaya. Se coincide en la admiración general, aunque el propio autor parece escudarse, aun desde la muerte, en un silencio defensivo. Es, más aún que Rodó, una de esas cumbres que no se discuten pero que se miran de lejos, como esos grandes templos que se respetan pero no se frecuentan. Más aún que Rodó, decimos, porque éste al menos ha sufrido vapuleos críticos y juicios negativos, que casi nunca, en la misma medida, tocaron al otro. ¿Cuál es la causa del retraimiento ante su gloria indudable, qué hubo en la personalidad de Reyles — tan señorial, cautivante y comunicativo, en opinión unánime de quienes le conocieron y trataron — qué ocurre con su obra — de tan positivos valores consagratorios, como nadie le niega —, para este distanciamiento entre autor y lectores?

No fue popular, sin duda, aunque todos reconocieran su talento. Empero, pocos libros nacionales — a excepción del *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, el *Ariel* de Rodó y *Las lenguas de diamante* de Juana de Ibarbourou — fueron más universales que *El embrujo de Sevilla*. Nos cuesta hallar contestación para estas preguntas, cuando autores de menor calado gozan de mucho más favor colectivo y de más lectores que Carlos Reyles.

Hay, sin embargo, siempre, un retorno, en alguna generación, que emprende la labor reivindicatoria y pone bajo la luz de la debida estimativa, estos olvidos o desconocimientos sin razón ni justicia. Y ninguna oportunidad mejor que el centenario del nacimiento de Reyles para emprender la revisión que está esperando hace treinta años.

Pese a su encumbrada posición, en plena juventud, de hacendado millonario, no entendió la literatura como ocio de señorito rico, sino como arduo camino para probar el temple de la inteligencia, sin descuidar, por otro lado, el manejo de sus propiedades rurales y el mejoramiento de sus ganados, que le convirtieron en un pionero. Un intelecto cultivado en la soledad de su estancia, rodeado de libros clásicos y modernos que formaron su acervo de autodidacto, le pusieron en contacto con el mundo de los escritores, mucho antes de que los viajes le pusieran en contacto con la enriquecedora experiencia del trato humano. Comenzó por familiarizarse con la literatura romántica, para dejarse absorber, después por los autores decadentes, entiendo también él, del *mal du siècle*, del cual reaccionaría pronto, abandonando los espejismos idealistas, para arribar a un realismo práctico, racionalista y lógico, doctrinario y estético a la vez. Campo y ciudad se funden en la temática de Reyles, con igual conocimiento de uno y otro medio, pero poniendo por encima de todo, al hombre con sus pasiones, su psicología, su drama. *Beba*, *La raza de Caín*, *El terruño*, *El Gaucho Florido*, son obras afincadas en la experiencia de lo propio, en las que no sólo pueden hallarse páginas inolvidables que son aportes válidos para el costumbrismo nacional, sino formulaciones psicológicas, sociales y políticas, que amplían el testimonio narrativo con tesis ideológicas que casi siempre apuntan en su novelística. El entronque hispano del escritor, sin embargo, asoma medularmente en *El embrujo de Sevilla*, punto culminante de un arte maduro y experto. "Para la crítica más selecta de España e Hispanoamérica — escribe Sainz de Robles —, las dos novelas más hermosas que han dado las letras de la América hispana son: *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, y *El embrujo de Sevilla*, de Reyles"; y aún añade: "Mejor ha calado Reyles en Sevilla que Larreta en Avila". Es lógico que la novela de Reyles diera en la flor del gusto a la crítica española. Y es singular que la mejor novela de Reyles, no sea una novela "uruguaya".

¿Era un desarraigado, era un cosmopolita, era un europeizante, y eso explicaría, si no el rechazo, el desvío de lectores posteriores a él? Fuera injusto decirlo, para quien escribió obras raigalmente terruñeras. La evolución mental de Reyles recoge corrientes y tolososías eclécticas, sin desoir el recio requerimiento de su realidad americana. Más aún pareció sentirlo cuando fue mermando su fortuna, hasta la total pobreza, que no consiguió arrebatarle el señorío. Tipo de intelectual sin claudicaciones, como él es su prosa: castiza, máscara, suelta y ágil, arisca y orgullosa como el autor.

Uno de los más significativos documentos de su otoño, es un *Diario íntimo*, que se está editando en estos momentos. Nadie espere confidencias totales: Reyles no era de los que desnudan el alma. Es más lo que escamotea que lo que dice, pero aún en las

Ante el Centenario de Carlos Reyles



reticencias está todo el Reyles altivo, introvertido y analítico. Fragmentario, se inicia en agosto de 1929 y concluye en 1933. Son apuntaciones desordenadas con, a veces, meses de distancia entre unas y otras. Las reflexiones del hombre se entremezclan con las preocupaciones del escritor. Pero en rigor, lo personal asoma poco, convirtiéndose al fin el texto, en el espejo ustorio del literato, recogiendo planes de conferencias, discursos, pensamientos, variantes y diálogos posibles para determinados pasajes de sus novelas, principalmente *El Gaucho Florido* y *A batallas de amor*, *campos de pluma*. Sin embargo, y sin que ello contradiga lo afirmado más arriba, que lo personal asoma poco, puede pulsarse entre líneas la inquietud de Reyles por muchos problemas inmediatos que lo asedian y mortifican: la salud, el desánimo, la incertidumbre económica, el melancólico invierno que le está cayendo sobre los hombros. La anotación inicial es reveladora:

1929. Villa Mimi Pinson. Arcachon le Molleau. Agosto 15. En la pobreza confinando con la miseria... a pesar de mi título de embajador espiritual. Horizonte gris. Cielo sin estrella polar. De vuelta de todo desencanto, amargura, pero no acobardado aún. A pesar de los años y las adversidades me siento capaz de luchar y vencer... si la suerte me acompaña un poco. Es preciso que me someta a una dura disciplina, que me imponga una nueva norma de vida, adecuada a mis circunstancias y condiciones de hombre pobre, viejo y enfermo... pero con bríos. Un ciprés familiar en cuyo apretado ramaje hacen nido las calandrias.

En esa "nueva norma de vida" que se propone, figura reiteradamente, tanto que es fácil deducir las desobediencias, abandonar el café y el cigarrillo. Han de haber sido muchas las reincidencias, pues la autoadvertencia es obsesiva, y — se adivina — desatendida con harta frecuencia.

Se recomienda "entereza, serenidad, confianza". ¿Reconocía que tales virtudes habían huido de su alma? Con pueril insistencia repite una y otra vez:

Ni cigarrillos, ni café, ni sentimentalismos, ni desaljecimientos ni irritaciones: serenidad, confianza, energía. Ir a lo mío sin vacilar.

Resulta fácil percibir que es, precisamente, un espíritu que vacila, el que dicta tales consejos, y que está prescribiéndose lo que no tiene ya. Al cumplir sesenta y dos años, el balance que hace no es muy halagador:

Octubre 30 (1930). Hoy cumplí sesenta y dos años. La vejez condimentada con la tragedia de la pobreza. A pesar de los desencantos y amarguras que he sufrido desde que llegué a mi tierra donde, a lo que parece, se me aprecia menos que en ninguna otra, conservo el ánimo entero.

Hay razones para no creerle del todo. La estrechez económica existe pero el orgullo le impide gritarla en toda su verdad. Basta una demostración de aprecio para mitigar la herida del amor propio:

Marzo 15 (1931). Hotel des Anglais. Cambio de decoración. Ahora todo son homenajes. Mis compatriotas se muestran generosos. Los escritores y los artistas me están gratos y reconocen cuanto he hecho por ellos desde que llegué.

Momentánea satisfacción, que no remedia la soledad interior ni la difícil situación que atraviesa. Llega a decirse:

En todas las circunstancias, contener mis impulsos agresivos. Hablar poco, oír, observar. (Enero 30, París, 1932).

Aún añade:

Considerar el mundo como un gran espectáculo y no parecer sino ser un gran actor que tiene algo propio que decir. Conservar mi orgullo de artista y acoger mi vanidad. Ser simple y natural, pero cuidar la línea, la postura, el carácter, el estilo de vida y el acento. Noto en mí ahora cierta timidez y torpeza extrañas que me urge combatir, lo mismo que una inexplicable pereza. ¿Será la vejez? No, mi alma ni mi espíritu tienen arrugas.

Eran, sí, indudablemente, la vejez y la pobreza quienes dictaban estas confidencias. El hombre que así habla está quemando, evidentemente, sus últimas reservas, aunque no quiere reconocerlo, acorralado y desposeído, en el declive de su vida.

No hallaremos, en estas páginas, la respuesta para las preguntas que planteábamos al principio. Pero la mejor de todas, es la obra misma, sólida, bien arquitecturada, inamovible, del escritor que nació hace un siglo, y que sigue esperando a los exégetas que sepan internarse en ella, para desentrañar el viril mensaje de uno de los novelistas más vigorosos y eminentes de la literatura uruguaya.

Dora Isella Russell
Especial para EL DÍA

(Los fragmentos citados pertenecen al "Diario" íntimo de Carlos Reyles, que publicará en breve la Editorial Arca, de Montevideo).